

En familia

Roberto Corella

El interior de una celda en un penal de alta seguridad ubicado en algún lugar de la República Mexicana

Personajes:

Juan

Sacerdote

Marillita

Guardia

Juan: ¿A qué vienes? ¿Por qué me buscas después de tantos años? ¿Necesitas dinero?

Sacerdote: Vengo a verte, a saber cómo estás. Se dicen muchas cosas, ni a quién creerle.

Juan: ¡Hum! Ni a quién creerle, dirás bien.

Sacerdote: ¿Estás bien? ¿Te tratan bien aquí? ¿No tienes miedo de que algo te pase?

Juan: Todo puede pasar. Todo. Nunca el río había estado tan revuelto. Dicen que la gente tiene miedo. ¿Tú tienes miedo? Yo no. Yo estoy más allá del bien y del mal. ¿Fantasmas? Náaaa. ¿Oscuridad, animales ponzoñosos, armas de todo tipo? ¿De cuáles quieres? Pues, no. ¿Miedo a la muerte? ¿Por qué le voy a temer a la muerte si es mi única aliada, mi compañera, mi amiga fiel?

Sacerdote: ¿Y la traición, Juan? ¿No le tienes miedo a la traición?

Juan: Miedo, no. Me emputa, eso sí. Nuestro enemigo es la traición. ¿Sabes por qué existe la traición? Porque no soportamos el éxito del otro.

Sacerdote: ¿Y tú? ¿Lo soportas?

Juan: ¿Es un interrogatorio o qué pedo?

Sacerdote: Como quieras.

Juan: A mí me vale verga el éxito o fracaso del otro. No más con que me dejen trabajar. El trabajo es lo que dignifica y te lleva a la realización de tus sueños. ¡Aja!
¿Eh?

Sacerdote: Muy bien, Juan. ¿Te estás haciendo religioso? Ya era tiempo, Bendito Dios.

Juan: Para nada, esa es otra de las cosas que me valen verga.

Sacerdote: ¿Para qué quieres una biblia, entonces?

Juan: ¿Qué chingados te importa?

Sacerdote: ¿Cómo es que te aprehendieron, teniendo el poder que tienes?

Juan: ¡Oh! Por seguridad.

Sacerdote: ¿Seguridad de quién?

Juan: Mía, por supuesto. Son arreglos, acuerdos para calmar a la gente lengua suelta y para estar seguro.

Sacerdote: ¿Y sí? ¿Sí estás seguro?

Juan: Lo único seguro es mi muertita. De que vamos para con ella es de lo único que no hay duda.

Sacerdote: ¿Y quién opera ahora? ¿Quién se hace cargo del trabajo, los contactos? Es una gran maquinaria, supongo.

Juan: Sigue suponiendo. Como si no lo supieras.

Sacerdote: Lo quería confirmar.

Juan: ¿Me vas a traer o no lo que te estoy pidiendo?

Sacerdote: Aquí la tendrás a la brevedad. ¿Te visita Marillita?

Juan: Mi hermana y mi cuñado y mi esposa y mis hijos. Ahora me visitas tú, ¿quién lo diría?

Sacerdote: ¿Tus queridas?

Juan: ¿Qué te importa? Tengo todo lo que necesito. Ahora que tengo tiempo de más, las veo pasar, las acciones de mi vida, una tras otra, desde que tengo uso de razón. Pienso en lo que me gusta y lo que no, lo que me gustaba y lo que no. Me gusta la música de banda, ¿a ti no? La ranchera también me gusta, la de antes, la que escuchábamos de niños. ¿Quieres escuchas música? ¿Un trago? ¿Algo de comer? ¿Una mujer? ¿Un muchachito?

Sacerdote: No, gracias. No cambias, Juan, estás lleno de odio.

Juan: Tú me vas a ayudar a cambiar trayéndome esa madre. Quiero que me teman, pero que también me amen. ¿A ti te aman?

Sacerdote: Cuando haces el bien, el pago es el amor.

Juan: El reloj de la plaza del pueblo lo tengo aquí, siempre clavado en lo más profundo de mi cerebro. ¿Tú no lo escuchas? Cuando oficias tus ceremonias, ¿no escuchas al reloj de la plaza del pueblo? ¿O nada más escuchas los quejidos de tu madre cuando se metía con algún tipo? Ninguno de esos tipos está vivo, je, je... Ninguno de los que recuerdo, al menos. De algunos sólo sospecho que se metieron con ella, pero con eso fue suficiente para que agarraran vuelo... ¿Vas a la tumba de mi madre? ¿Le llevas flores? ¿Has podido comprobar si le llevan cada día una docena de margaritas, como su nombre?

Sacerdote: Siempre hay margaritas frescas en su tumba.

Juan: Yo fui religioso, tú lo sabes, fui creyente. Iba a misa, me confesaba y todo eso. En aquellos tiempos había tres personas a las que teníamos respeto: el cura,

el maestro y el policía. Cura, maestro, policía, buen trío (*Pausa*). Soy hombre de bien. Siempre he sido hombre de bien. Me dedico al comercio, es todo. Como tantos, como muchos, me dedico al comercio.

Sacerdote: ¿A quién o a quiénes les tienes respeto ahora?

Juan: A lo único que lo puede todo, al dinero. Y a mi santita, la muertita, porque todos vamos para allá. Mi santita es grande, mi santita es fuerte, mi santita todo lo puede.

Sacerdote: Eres comerciante... Entonces, pagas impuestos...

Juan: No tienes idea de cuántos pago, pero sin recibo. Pago tanto, que sin mí pueblo y gobierno colapsarían.

Sacerdote: Formas parte de la cadena de corrupción.

Juan: ¿Y tú no? ¿Qué sería de tu iglesia, de tu religión, sin nuestras aportaciones?

Sacerdote: Fuera de tu sobre que me envías sin que te lo haya pedido, yo no sé nada.

Juan: Claro, formas parte del mundo de la simulación. Haces como que no ves, como que no sabes, pero bien que te beneficias.

Sacerdote: ¿Te sientes bien estando privado de tu libertad, encerrado y con tantas cámaras vigilándote a toda hora?

Juan: Estoy encerrado, pero soy un hombre libre. He pagado mucho dinero y voy a seguir pagando. Para eso es el dinero: para comprar. No hay quien no tenga un precio, de una u otra manera. Y yo compro lo que quiero y cuando quiero. El dinero es el animal más fuerte de este mundo. Todas las personas que ves aquí, vigilándome, son mías, de mi propiedad. ¿Viste las cabezas?

Sacerdote: ¿Las de la familia que mandaste matar? El mundo entero las vio y se horrorizó.

Juan: Todo se paga en esta vida.

Sacerdote: O en la otra.

Juan: En esta. La otra te la dejo a ti.

Sacerdote: No cambias.

Juan: La traición es el mayor de los pecados.

Sacerdote: ¿Ellos te traicionaron?

Juan: Uno de ellos me puso el dedo, ¿qué más quieres?

Sacerdote: Uno. ¿Por qué los demás?

Juan: Él vio morir a todos los suyos, a sus brotos, a sus queridas, a sus padres, a sus compadres, uno a uno, despacito, antes de agarrar camino pa' l otro barrio. Pagó, pues, el compa.

Sacerdote: Si tú lo dices.

Juan: Que no quedara huella de los traicioneros.

Sacerdote: ¡Horror!

Juan: Yo ayudo al pueblo, el pueblo me protege. Sencillo. Si alguien me traiciona, el mismo pueblo ejerce justicia.

Sacerdote: Tus matones.

Juan: El pueblo.

Sacerdote: ¡Dios! ¡Hasta dónde has llegado, Juan!

Juan: Lejos, ¿no? ¿Quién lo diría? Aquel muchachito, flaquito, sin futuro...

Tráeme esa biblia.

Sacerdote: La biblia es algo sagrado, Juan.

Juan: ¿He dicho yo otra cosa, acaso, Miguel? ¿Piensas en tu madre? ¿La sueñas?

Sacerdote: Siempre.

Juan: Mi madre cuando se acordaba de mi existencia me contaba que hace mucho tiempo, antes de que el mundo fuera como lo conocemos, había en el desierto una gran estatua de sal.

Sacerdote: Ah. La estatua de sal.

Juan: Ahí estaba, la estatua, como estatua, inmóvil, aburrida. Un día, un conejo le dijo que más allá del horizonte existía el mar; que era tan grande como ella. ¿Y es

hermoso el mar? Preguntó la estatua. Muy hermoso, le dijo el conejo, que se veía como un insecto al lado de la gran estatua. ¿Y es grande? Tan grande como tú, le respondió el conejo. Es transparente, limpio, enorme. Pero yo soy una estatua, no sé caminar, dijo la estatua. Tienes pies, puedes hacerlo; inténtalo, le dijo el conejo. Y así durante mucho tiempo la estatua se ejercitó; se movía lentamente, primero una mano, luego la otra; primero un pie, luego el otro. Un día se dijo que ya estaba lista para partir en busca del hermoso y grandioso mar... ¿Quién dijo que yo no podía ser poeta? Eso lo digo yo, no la estatua. Tengo un problema aquí, uno solo: no me gusta el silencio. La oscuridad tampoco me gusta. No le tengo miedo, simplemente no me gusta. Estoy jodido. Amo la vida y como amo la vida amo la muerte. Me gusta la muerte, la de otros. La mía, no sé. Cuando llegue, te lo diré. Oye, curita, aparte de la biblia, ¿me podrías traer algo sabroso que me mande para arriba?

Sacerdote: Tú me dijiste que ya no le ponías.

Juan: Cuando te lo dije hace como veinte años así era, pero ya ves. Uno va y viene, como las olas del mar.

Sacerdote: Y aunque te lo traiga, ¿cómo le vas a hacer? No te lo van a permitir. Estás en una cárcel, tienes cámaras de vigilancia por todos lados... ¿Cómo, pues?

Juan: De eso yo me encargo. Ya te dije que toda esta gente está a mi servicio.

Sacerdote: No puedo hacer nada, lo siento.

Juan: ¿Cómo no vas a poder? Te doy suficiente dinero, ¿qué no? Mes con mes te llega un sobre jugosito, ¿qué no? Con dinero no hay fronteras.

Sacerdote: Hoy no, Juan. Estamos muy vigilados. Soy sacerdote; ¿te imaginas lo que pasaría si se enteraran, ya no de que te traigo algo sino que tenemos alguna relación? ¡Mira nada más de lo que estamos hablando frente a las cáMarillitas!

Juan: ¿Tenemos alguna relación? ¡Somos hermanos!

Sacerdote: ¡Shhhhttt!

Juan: ¿Nada más porque eres curita no puedes tener un hermano mafioso?

Sacerdote: ¡Por favor, Juan!

Juan: ¿Un hermano mafioso que es amigo de políticos, empresarios y mucha gente de alcurnia? ¿Un hermano que viniendo desde abajo ha escalado hasta lo más alto y tiene estatuas y corridos y reconocimientos por todos lados?

Sacerdote: ¡Cállate!

Juan: ¿Y un chingo de amigos y un chingo de enemigos? ¿A poco no puedo contar que cuando ibas a ir a la escuela por primera vez ibas feliz porque le ibas a contar a tu maestra que no eras niño, que eras niña?

Sacerdote: ¡Cállate!

Juan: ¡Maestra! ¡Le voy a contar un secreto! ¡Soy niña!

Sacerdote: ¡Juan!

Juan: ¡Soy niña, maestra! ¡Soy niña en un cuerpo de niño!

Sacerdote: ¡Cállate, por Dios!

Juan: ¿Puede hacer algo por mí, maestra? Soy niña y nadie me entiende, maestra... (*Pausa*) Yo era demasiado pequeño en ese tiempo, por eso no te rompí la jeta.

Sacerdote: ¿Pero qué tal después, cuando creciste? Puños te faltaban para golpearme cada vez que tenías oportunidad. Por eso me refugié en Dios, huyendo de ti.

Juan: ¿Ahora yo soy el culpable de que seas curita?

Sacerdote: No dije eso. Dios es mi guía y mi salvador. ¡Cállate, por Dios, que todo se graba!

Juan: ¡Curita y putito!

Sacerdote: ¡Juan!

Juan: ¡Putito!

Sacerdote: ¡Por Dios, Juan, cállate! ¡Ya me he arrepentido una y mil veces! ¡Ya me he flagelado para alejar esos malos pensamientos! ¡Cállate!

Juan: A ver, flagélate.

Sacerdote: ¡Por Dios, Juan! ¡La cáMarillita!

Juan: Toma mi cinturón y flagélate. Arrepiéntete.

Sacerdote: ¡Juan!

Juan: Sigues siendo un cobarde, un bueno para nada, como siempre...

Sacerdote: Por... favor...

Juan: ¡Ja, ja, ¡Mira la cámara!

Sacerdote: ¿Y esa imagen? ¿No transmite en vivo?

Juan: Cuando yo les digo, repiten videos de otros días. Tienen grabaciones especiales, les dan variantes para que no parezcan repetidas y yo descanso de esa pendejada. Puedo salir y regresar, irme con las muchachonas y no pasa nada, ¿verdad, tú? (*al guardia*)

Guardia: Aquí se hace lo que usted ordene, patrón.

Sacerdote: ¡Qué alivio! Por poco me infarto. Te prometo que dentro de poco voy a encontrar la manera de hacerte llegar algo.

Juan: No te preocupes, te estaba probando. Si quiero, puedo, pero no quiero, no me meto con eso, sólo cuando me da la gana. ¿Quieres un whisky? Con hielo, desde luego. O un coñaquito, para el susto.

Sacerdote: No, gracias.

Juan: Bueno, pues, ¡salud! ¡Oye, tú! Ven.

Guardia: Diga, patrón.

Juan: ¿Quién es tu patrón?

Guardia: Usted, patrón.

Juan: ¿Y tú qué haces aquí?

Guardia: Cuidarlo, patrón.

Juan: ¿Y los demás guardias, qué hacen?

Guardia: Cuidarlo, patrón.

Juan: ¿Por qué estoy encerrado?

Guardia: Porque usted quiere, patrón.

Juan: ¿Puedo salir?

Guardia: A donde quiera y cuando quiera. Nosotros lo cuidamos con nuestra vida, si es necesario.

Sacerdote: ¿Y por qué das la vida por Juan? ¿Qué va a ser de tu familia si te matan por defenderlo?

Guardia: Si yo muero defendiéndolo mi familia está asegurada. Así ha sido con otros que se nos han adelantado con la santita muertita.

Juan: Vete a vigilar, pues.

Guardia: Como usted diga, patrón. Lo que usted ordene, patrón.

Sacerdote: No lo entiendo...

Juan: Si este y los demás no me hubieran seguido, andarían valiéndose madre jodiéndose la vida por unos pesos. Aquí, saben que pueden vivir un día o un año o diez, pero los que viven los van a vivir sin frenarse ante nada, sin límites, y a sus gentes no les faltará nada.

Sacerdote: Mientras no te maten o te extraditen.

Juan: Aunque me maten o me hagan lo que les dé su re chingada gana. El negocio es muy grande, tan grande que nadie sabemos hasta donde llega. Controlamos pueblos, gobernadores, secretarios de Estado; nos movemos por el mundo entero sin problemas. ¿Tú crees que esto se va a acabar con la muerte de alguien aun cuando sea como yo? Hay miles detrás, por todos lados; no sólo mi hermana y mi cuñado: miles. Y no exagero. Tengo casas donde el único trabajo que se hace es contar dinero, ¿cómo la ves? Gente con máquinas contadoras de dinero y nunca se les acaba la chamba.

Sacerdote: ¿Y qué haces con tanto dinero?

Juan: Se distribuye, Juan. Como entra sale. Millones de dólares en sobornos, en apoyos en apoyo a candidatos, en arreglo de calles y escuelas, en becas, en donaciones... ¿Te ha faltado dinero alguna vez? ¿Estrenas o no carro cada año para pasear a tus muchachitos? ¡Es un gran negocio, hermanito, que no se puede detener, porque si se detiene se colapsa el país y tal vez el mundo entero!

Sacerdote: ¡Caramba! Dame un whisky.

Juan: Con gusto. ¡Ah! La estatua. Y allá va la enorme estatua en busca del mar, aquel a quien amaba aún sin conocerlo. A todos los animales y plantas que encontraba en su camino, les preguntaba. ¿Conoces el mar? Algunos respondían que sí, otros que no. Los que no lo conocían le preguntaban. ¿Qué es el mar? ¿Cómo es el mar? Es cristalino, enorme, y se mueve; siempre se mueve de un lado a otro. ¡Ah, sí! Le dijo un viejo saguaro. El mar. Es enorme, el mar. Tan grande como tú, igual de triste. ¿Triste? Triste. Se mueve siempre igual de un lado a otro como un vaivén eterno. Se siente atrapado; además está solo; no tiene con quién compartir sus desventuras. Amanece y anochece siempre igual. Dice que le gustaría compartir su vida con alguien que le alegre; alguien que le cambie el color, que le dé peso, que juegue con él. ¡Esa soy yo! Dijo la estatua. Yo quiero ser esa que le cambie de color y le de vida, porque dándosela me la dará. ¿Dónde lo encuentro? Está muy lejos, le dijeron. Aún me tarde una eternidad, lo buscaré. ¿Dónde está? Hacia allá. Y hacia allá iba la enorme estatua... Aún no me has dicho a qué viniste...

Marillita: Te veo y no lo creo, tan famoso, tan rico, tan poderoso tú. Dicen que tienes más poder que el presidente y yo lo creo. Acá todos hablan de ti, eres un héroe. A mi marido y a mí nos ha ido muy bien; a todos en el pueblo les ha ido muy bien. Él está muy orgulloso de haber sido tu maestro. ¿Quién lo hubiera pensado, siquiera? Tú, tan chiquito, tan noble, ¡mira! ¡Todo un señor poderoso! Yo sé que estás bien. Estás donde quieres y como quieres. Acá te cuidamos tus negocios. Mi marido es una lumbrera en la organización; es casi tan fuerte como

tú. La gente lo respeta. Yo, ya sabes, batallando con mi riñón, con la odiosa diálisis. Pero ya me van a poder trasplantar uno, por fin. Las plegarias a mi Diosito fueron escuchadas... Te amo, hermanito. Cuídate. Oye, pronto te va a visitar la Janethita para que te des tu premiecito...

Juan (*Repite, como un eco*): Te amo, hermanito. Cuídate.

Sacerdote (*Igual*) Pronto te va a visitar la Janethita. (*Pausa*) No sé si lo sepas, pero el cuñado es muy violento, mucho más que tú. Se le pasa la mano. No tiene tu tacto. Tú has cortado cabezas, pero él, aparte, quema sus casas con todo y la familia adentro.

Juan: ¿Qué quieres que haga? Él me metió en esto, es mi padrino. Gracias a él soy lo que soy.

Sacerdote: Pero ahora tú eres el jefe. Pídele que le baje dos rayitas. Ordénale que controle su nivel de violencia.

Juan: ¿A eso vienes? ¿A pedirme que hable con mi cuñado? Es mi cuñado, pues, esposo de mi hermana.

Sacerdote: Está cobrando protección a los negocios. Se metió en el negocio de los secuestros... Si alguien no paga, pobre de él... A pesar de todo, de ti se dice que eres justo. Pero él... A propósito de traiciones: si él es ahora el jefe debes tener mucho cuidado.

Juan: Jefe temporal...

Sacerdote: Temporal o como sea, te puede desbaratar el tinglado.

Juan: No se puede ser débil. Ya que empiezas no te puedes detener. Tú enfócate en lo que te estoy pidiendo.

Sacerdote: La biblia te la hago llegar hoy mismo.

Juan: Acá todos piden. Yo no estoy para pedir, sino para dar. Te pido a ti porque te doy. Es lo que quiero: dar. Por eso necesito la biblia, para dar lo que aquí se necesita: certeza de la existencia de otros mundos más amables que este. Darle una interpretación más de acuerdo a lo que acá se necesita. Y que me amen, necesito que me amen, que me busquen, que me pidan consejo. *(Pausa)* No es nada complicado tomar la decisión de entrarle al negocio, no hay opciones. O le entras o te mueres de hambre. ¿Quién es dueño de su vida? Vas a donde te lleva, es todo y si no lo haces igual te carga la chingada. Hoy me llaman el 47, pero empecé desde el uno, haciendo la talacha con paciencia, como la estatua de sal. ¿Qué le importaba vivir o morir a la estatua de sal? Nada. Ella sabía que no hay diferencia entre una y otra cosa. Tuvo una idea, una ilusión y fue por ella sin importarle más.

El sacerdote asume actitudes de niño.

Sacerdote: ¿Qué vas a ser de grande?

Juan: *(niño)* Boxeador.

Sacerdote: ¿Por qué?

Juan: Porque quiero ser rico.

Sacerdote: ¿Por qué?

Juan: ¡Ah, qué chingado! Pues para comer lo que quiera, y comprarme la ropa que quiera y carros y todo.

Sacerdote: ¿Por qué?

Juan: Para ganar mucho dinero, comprarle una casota a mi mamá y darle mucho dinero para que compre hombres y no ande metiéndose con esos tipejos con los que anda...

Sacerdote (*deja el juego*): Pudiste haber estudiado, hacer una carrera universitaria y trabajar. Ser un hombre de bien.

Juan: Soy un hombre de bien. Sólo mato al que me traiciona o me estorba y en algunos casos a sus gentes, para sentar precedente. La gente me quiere, ya oíste a la Marillita. Si el mal no existiera, no existiera el bien. Para poder vivir hay que saber matar.

Sacerdote: Esa es la clave para acceder al poder, entonces: saber matar. Eres un asesino.

Juan: Desde luego que no. Me defiendo. Sólo me defiendo. Yo soy la ley. Yo mando. Estoy aquí porque quiero, porque me conviene. Cualquier persona que tenga poder, por poquito que sea, lo ha logrado imponiéndose a los demás, matando, cooptando, amenazando, convenciendo de una u otra forma...

Sacerdote: ¿Tu esposa también te visita? ¿También hace visita conyugal al igual que tus muchachitas?

Juan: Lo único que extraño es dormir. Poder dormir de corrido. La tranquilidad de la inocencia. Poder dormir en un camastro, hecho bolas con ustedes. Que pude haber estudiado... No sé. ¿Cuántos universitarios conoces que andan valiendo madre por el mundo? Yo, a un chingo. Entre mi gente hay un chingo de chavitos que estudiaron una carrera, pero andaban valiendo madre. Desde chiquitines hacen cola para entrarle al negocio. Son capaces de lo que sea para entrarle, no tienen opción. La biblia es una droga mucho más fuerte que las que vendo. Ya ves tú, te va bien, no lo niegues, con tu chambita de predicador. La necesito para que me respeten. Aquí lo único que vale es la ilusión, la esperanza en un mar transparente que sólo se encuentra teniendo paz. Es lo que yo les voy a dar.
(Pausa) Aquí los tengo en la cabeza, uno a uno, a todos los que se despidieron del mundo porque a mí me dio la gana.

Sacerdote: ¿Se despidieron?

Juan: Les di chancita a que dijeran sus últimas palabras, no soy tan culero como los otros.

Sacerdote: ¿Y cuáles fueron sus últimas palabras?

Juan: La mayoría me mentó la madre, otros me suplicaban por mi madrecita que no los despachara.

Sacerdote: Todos alrededor de tu madre.

Juan: Y la tuya. Que de padre no seremos hermanos, pero de madre ni modo de dudarlo.

Sacerdote: No blasfemes.

Juan: Digo las cosas como son, no me ando con medias tintas. Otros, los más conscientes, me pedían que respetara a los suyos y de ser posible que los protegiera. En algunos casos se los prometí y lo que prometo lo cumplo.

Sacerdote: Bien que no hayas perdido eso.

Juan: Eso es parte de ser hombre de palabra, Miguel. *(Pausa)* Quiero que me apaguen la luz y no quiero que la apaguen. La oscuridad siempre ha estado de mi lado y ahora me traiciona. No la soporto. Me asfixia. Siento la muerte fea, esa que ahoga. La muerte sabe bien que tiene que ser rapidita en lo suyo, al menos conmigo así tendría que ser. La luz no me deja dormir y la oscuridad me asfixia, me mata. Grito, ¿sabes? Grito. Así me duerma dos o tres minutos, tengo pesadillas horribles. Despierto sudando, agitado...

Sacerdote: ¿Quieres confesarte?

Juan: ¿Qué cosas dices? No seas mamón.

Sacerdote: Te sentirás mejor. Una confesión es un acto de contrición.

Juan: Yo no quiero eso.

Sacerdote: Pero quieres una biblia.

Juan: Nos vemos en el infierno...

Sacerdote: ¿Y eso?

Juan: Es lo que dicen algunos, los más templados, antes de morir.

Sacerdote: ¿Mataste a Carmelita?

Juan: Yo no.

Sacerdote: Pero la mandaste matar...

Juan: Con Carmelita hablo mucho... Seguido me visita...

Sacerdote: ¿Hum?

Juan: Se ríe mucho con la historia de la estatua de sal...

Sacerdote: Leyenda...

Juan: Lo que quieras, pero se ríe,

Sacerdote: Se ríe...

Juan: Dice que no me guarda rencor... Entiende que así son los negocios...

Sacerdote: Ella no merecía morir, y menos de esa manera. ¿Te traicionó? No.

¿Te hizo competencia? No. Cuando mucho hablaba mal de ustedes, del gremio, no de alguno en particular.

Juan: Era calzonuda, la Carmelita.

Sacerdote: ¿Entonces?

Juan: Negocios, ya te dije... Yo tampoco quería que las cosas fueran como son, pero así nos fueron llevando los acontecimientos. No puedes mostrar debilidad en ningún momento. Buscamos arreglos, los tuvimos. Nos distribuimos el territorio sin problemas. A ver, ¿qué problemas había en el pueblo? Ni ladrones, había. Todo lo

teníamos controladito... Pero... Las cosas se nos fueron de las manos... ¿Sabes qué pasó? Para negociar tienes que ser fuerte, más fuerte que el otro. Y así se va la cadenita, dando demostraciones de poder de uno y otro bando hasta que la cuerda se troza... Aquí estoy seguro... Hasta tú vienes a verme, aunque todavía no conozco la razón. ¿Cuándo se había visto?

Sacerdote: ¿Cómo querías que te buscara fuera de aquí? ¿Un sacerdote, hermano de un delincuente?

Juan: Hasta donde sé no has dejado de serlo y aquí estás. Yo no entiendo qué cosa es eso de la decencia... Y no creo que tú entiendas mucho. Tampoco veo diferencia alguna en eso de ser delincuente o comerciante o gobernante...

Sacerdote (Carmelita): ¿Por qué me mataste?

Juan: ¡Ah, pinche Carmelita! ¡Qué huevos tienes!

Carmelita: ¿Por qué?

Juan: Por eso. ¿Cuántos mensajes te mandé pidiéndote que me vendieras el rancho?

Carmelita: Era mi único patrimonio, herencia de mi padre. Allí nací, allí estaban mis recuerdos, mi vida.

Juan: Y queda justo en medio de mis propiedades.

Carmelita: ¿Cómo lograste que los demás te vendieran sus ranchos?

Juan: No tenían opción. Lo que pasa es que fueron más inteligentes y prefirieron el dinero a la muerte. Se los decía clarito: o me lo vendes tú o se lo compro a tu viuda.

Carmelita: ¿Tú crees que tus crímenes van a quedar impunes?

Juan: Lo creo.

Carmelita: Si no en esta, pagarás en la otra,

Juan: En la otra pago lo que quieras. Con intereses y toda la cosa.

Carmelita: ¿Qué daño te hice? Hablé contigo, te invité a mi casa, fui amable todo el tiempo.

Juan: Es verdad. Me trataste como todo un caballero. Hasta me explicaste el uso de cubiertos raros que ni conocía, pero, ¿qué quieres? Así son las cosas.

Carmelita: ¿Cómo?

Juan: Como se fueron dando. No puedes dar muestras de debilidad porque pierdes. Tú sabes: en estos casos hay que dejar pasar a la muerte sin estorbarle y si es necesario darle una ayudadita....

Carmelita: Se nos metieron hasta en los huesos con su porquería.

Juan: No es decisión que tengas que pensar mucho para tomarla. Cuando hay tantas desigualdades como entre nosotros, la lucha por la sobrevivencia te impide ser considerado con el otro. Actúas y ya.

Carmelita: Pero hay una autoridad, un gobierno.

Juan: Sí. Generalmente están de nuestro lado, del lado del dinero.

Carmelita: ¿Todos?

Juan: Los necesarios.

Carmelita: La corrupción.

Juan: Como le quieras llamar. Yo le llamo negocios.

Carmelita: No creo que siempre hayas sido el asesino violento que eres hoy.

Juan: No. No es fácil, pero o le entras o le entras. Y ya adentro, quieres crecer; quieres dar órdenes antes que recibirlas. Ya que aprendes a dar órdenes no puedes dejar de hacerlo y eso tiene su precio.

Carmelita: ¿No te arrepientes?

Juan: En algún momento entré en desasosiego contra mi persona. Soy esto que ves, ese que te quitó la vida, pero pude ser otro y ese otro me gusta menos que este.

Carmelita: Por pobre.

Juan: Por pobre. Tú no sabes de eso, pero la falta de oportunidades, ver cómo la vida se va sin sentido, sin poder disfrutar de nada de valor, te endurece o te convierte en un hilacho. Yo preferí no ser hilacho, me la jugué y aquí estoy.

Carmelita: ¿Y ahora que tienes tanto dinero, eres feliz?

Juan: Si eres feliz te relajas y si te relajas pierdes. Hay que desconfiar de las cosas que nos hacen felices.

Carmelita: Pobre de ti.

Juan: ¡No, Carmelita! ¡Pobre de ti! ¡Tú estás muerta y yo estoy vivo! ¡Tú muerta y yo vivo!

Carmelita: ¿Y tienes el rancho? ¿Lograste lo que buscabas?

Juan: Hay que darle tiempo al tiempo, Carmelita... Hay que mascar bien antes de tragar. ¿Cuál prisa?

Carmelita: No dejé testamento.

Juan: Eso lo complica un poco. Un poco nada más, en lo que tus sobrinos acuerdan con los de los papeles. Si es necesario mostrar fuerza, la mostraremos. Lo podemos resolver en un segundo. Estamos dando tiempo a que las cosas fluyan, nada más.

Carmelita: ¡No te metas con mis sobrinos! ¡Ay, de ti! Ellos te venderán, no lo dudes. Te venderán mi hermoso rancho y tú vas a ganar, como siempre... Dos cuerpos sin vida tiraste en mi rancho...

Juan: Dos. Con el primero no reaccionaste, tuve que echarte un segundo... Y tampoco reaccionaste. Varias veces te mandé gente con dinero y no lo tomaste. Tú sabes que en estos casos o es dinero o es pistola, ¿qué querías que hiciera?

Carmelita: Ya pagarás por eso.

Juan: Sé pagar. ¡Chingado, Carmelita! ¡Era muy buen dinero el que te daba por tu pinche rancho!

Carmelita: Yo no sé de dinero, sé de historia, mi historia y es lo que representaba mi rancho.

Juan: Si la vida te da limones aprende a hacer limonadas, no te aferres. Si te los quita, encuentra algo y sobre eso construye.

Carmelita: ¿Ya qué?

Juan: Pues, sí. ¿Ya qué?

Marillita: Hermanito... Descansa, hermanito. No te llenes la cabeza de cosas. Pronto te vamos a sustituir por alguien que se te parezca físicamente y podrás salir por la puerta grande, como debe de ser, y sin que nadie lo sepa. Tu vida va a ser más relajada, ya verás. Entre todos nos distribuiremos el trabajo y ya no será tan pesado... No creas que no me arrepiento de haberte permitido entrar a este mundo tan peligroso. Eres mi hermanito menor, mi consentido. Si no te hubieras metido, igual no te hubiera faltado nada. Pero bueno, ya estás adentro y supiste hacerlo y tomaste las riendas. Llegaste hasta lo más alto. Acá hay mucho trabajo, te necesitamos relajado para que todo funcione como sólo tú puedes. Sales, mantienes bajo perfil, hablas con quien hay que hablar y es todo. Tranquilito, hermano. Mateo lo ha hecho bien, pero tú eres el que se mueve en lo alto de la

política; eso no se le da a mi hombre. Tú eres el bueno, Juan. Mi niño Juan...

¿Quieres a la Janethita o a una más chicuelona?

Juan: ¡Ah, chingado! Sales, mantienes un bajo perfil, hablas con... ¿Tú crees que me maten?

Sacerdote: Depende de ti. Si no cooperas...

Juan: ¿Me tendré que bajar los calzones?

Sacerdote: Ayudarles con tus contactos y negociar con los de arriba como tú sabes, pero cumplir con el décimo mandamiento: no estorbar.

Juan: Ellos saben que eso no es posible.

Sacerdote: Entonces, no salgas. O haz lo que ya sabes que tienes que hacer, ¿entiendes?

Juan: Es mi hermana, casi mi madre, y él es mi cuñado, mi maestro.

Sacerdote: Ellos te están tendiendo la red. A ellos no les importa el parentesco ni las jerarquías. No se puede mostrar ninguna debilidad, tú lo dijiste. Lo quieren todo, pero no quieren depender de ti. No te pueden matar, no ahora que te necesitan, pero están organizando las cosas de tal manera que tú recibas órdenes, no las des.

Juan: No hay problema, sé jugar distintos roles. Empecé de halcón, vigilando por dónde pasaban los malos para avisar; luego fui tirador, luego matón, y así hasta

llegar a la cima. No hay pedo. Se sube y se baja, pero no se pierde de vista el lugar que te corresponde y ese es el de más arriba. Me gusta la banda y el whisky y la cerveza. Un poco de coca ayuda. Sé trabajar y sé cómo se mueve el agua. Así, fácil. Sencillo. Sin broncas en la cabeza.

Sacerdote: Una cosa no tiene que ver con la otra.

Juan: Todo tiene que ver. La Janethita, o la que venga, de seguro me va a traer algo de muy buena calidad, pero no puedo consumirlo. ¿Entiendes? No puedo mostrar debilidad.

Sacerdote: Lo volviste a decir, aunque no entiendo. ¿No dices que toda esta gente es tuya, que está a tu servicio?

Juan: Hasta de tu propia sombra tienes que desconfiar, Miguel. Hasta de tu propia sombra. Con mayor razón ahora que ellos crecen y crecen, se adueñan de todo, arrasan con todo...

Sacerdote: ¿Y tu esposa? ¿Crees que ella también esté metida en este embrollo?

Juan: A ella no la metas. Ella se cuece aparte. Se la ha jugado conmigo en las buenas, en las malas y en las peores.

Sacerdote: ¿Por qué confías en mí? Motivos para odiarme te sobran.

Juan: Me sobran, sí, pero tú ya me perdonaste.

Sacerdote: No estés tan seguro. Te necesitan, pero no te van a dejar las manos libres.

Juan: ¿Alguna vez dije que confío en ti? ¿Crees que no estoy pensando en que te enviaron nuestra hermana y cuñado?

Sacerdote: Y si crees eso, ¿por qué me has dicho todo lo que me has dicho, entonces?

Juan: La estatua era terca. Seguía caminando fatigosamente por enormes desiertos, por grandes bosques, en busca del mar. ¿Conoces el mar? Preguntaba a quienes se encontraba a su paso. Sí, no, dependiendo. Y seguía. Por siglos anduvo la estatua, buscando. Hasta que un amanecer lo va viendo, enorme, como ni siquiera se lo podía imaginar, con su eterno vaivén. No te he dicho nada que no se sepa. Y hasta eso: no sé por qué viniste. Me lo imagino, pero a ciencia cierta no lo sé. ¿A pedirme dinero? Siempre te lo he hecho llegar. ¿A pedirme protección? La tienes. ¿Qué piense en mi madre, que atienda su tumba? ¿Qué rece? Nunca rezaré. ¿Entonces? Si no te envían ellos, a amenazarme, a pedirme o a lo que tú sabrás, me traes información que no has querido darme. ¿Mataron a alguien que no sé? Mis hijos están bien, a cada rato los veo por esa cosa con la que nos comunicamos, como con la Marillita. Supongo que no quieres que te saque la sopa a chingadazos, como antes.

Sacerdote: Y quieres una biblia...

Juan: ¿Mis hijos están bien? ¿Mi esposa está bien? ¿Qué es lo que vienes a decirme?

Marillita: Anoche me di un tiempcito para ir al casino. Se te extraña por allá.

Dicen que no es lo mismo desde que no los visitas.

Juan: Pero supongo que tú les dejas un buen billete...

Marillita: No compares; no tanto como tú. Las taquerías ya no dan tanta ganancia.

Juan: Las taquerías...

Marillita: Y los restaurantes...

Juan: Y los casinos...

Marillita: Y los casinos... Todo está muy vigilado, ya no es como antes...

Juan: Alguna ganancia habrá...

Marillita: Todo está bien. Nos hemos expandido, ya lo sabes.

Juan: Ya.

Marillita: Pero, no creas, las enfermedades... Yo batallando con los riñones y Mateo con el diabetes y con la gota... Es una lata...

Juan: Supongo...

Marillita: Te queremos, pequeño... Pronto te vamos a sacar de allí.

Juan: ¿Me quieren pequeño? No soy pequeño, hermana. Soy cabeza, no cola. Ya no.

Marillita: Te queremos como eres, ni más ni menos.

Juan: Grande, entonces, poderoso.

Marillita: El más grande, mi amor.

Juan: Diles en el casino que les mandé un regalito para que me recuerden bien.

Diles que acá también tengo influencia sobre todos. Díselos.

Marillita: Ya lo saben. A donde vayas te impones, hermanito. Tú siempre tan considerado. Todos los días tocan tu corrido.

Juan: Si no tienes corrido no eres nadie.

Marillita: Tú tienes como veinte. El último ya lo tocan en la radio. Suena mucho y la gente lo canta.

Juan: Buena lana me cuesta que los toquen, pero para eso es la lana, ¿qué no? También les suelto lana para que toquen a mis bandas. ¿Y tú y el Mateo lo cantan?

Marillita: Cantamos todos tus corridos, Juan. El que más cantamos es el que habla de cómo negociaste con los gringos hasta imponerte por encima de todos allá y aquí.

Sacerdote: Matando a cientos, a miles.

Marillita: Cuando es necesario, es necesario, hermano. Estás allí. Hola.

Sacerdote: Aquí.

Marillita: habla con Juan, que no se intranquilece, que todo está bien. ¿Todo bien contigo?

Sacerdote: Yo no veo nada bien, todo está del carajo.

Marillita: ¿Qué lenguaje es ese, hermanito?

Sacerdote: ¿Por qué tanta violencia, Marillita? ¿Nunca van a parar?

Marillita: Dile, Juan, pláticale a este zonzo cómo son las cosas en este negocio. Me llama Mateo, ya vuelvo.

Juan: Salúdalo de mi parte, al Mateo.

Marillita: De tu parte, Abrazos.

Juan (*Luego de una pausa. Ríe*): Mateíto cabroncito... Marillita hija de la chingadita...

Sacerdote: Amén...

Juan: Y eres mandado de ellos...

Sacerdote: No, Juan.

Juan: Aquí me he dado tiempo para hablar con los muertos, mis muertos. Uno a uno, con todos los que me he despachado.

Sacerdote: Son muchos, tus muertos.

Juan: Muchos. Matar es como hacer del baño; te reconcilia con la vida. Qué buena frase, anótala para que la uses en tu homilía del domingo: Matar es como hacer del baño... Pero por las noches se te aparecen, a veces para platicar, para matar el tiempo; pero otras veces sí hay reclamos, como cuando tuve que silenciar a uno de mis guardaespaldas...

Sacerdote: El más pequeño de mis hermanos...

Juan: El niño que quiso ser niña... Que todo fue una mala interpretación, me dice... Que nunca tuvo la intención de venderse a la Marillita y al Mateo, dice... pero todo lo inculpaba, le digo... Y así, discutimos y discutimos y nunca llegamos a un acuerdo.

Sacerdote: Mi Juan... Mi hermanito Juan, el más pequeño de mis hermanos...

Juan: Tráeme esa biblia.

Sacerdote: Tu instrumento de control...

Juan: Así como controlo los pueblos quiero controlar aquí adentro. Traemos paz. Paz a quienes no estorban, no se meten. Acá adentro haré lo mismo. Le daré a la gente lo único que necesita: paz.

Sacerdote: Paz. ¿Qué les vas a decir?

Juan: Hay que saber forrar el saco con lo que otros han pensado. Aquí hay ideas, más las que se me peguen de tu librito...

Sacerdote: ¿Qué sabes tú de paz? Estás bromeando...

Juan: Lo que ha dolido no es broma. Mira: no se puede hablar de carne si no es cortada, destazada, rasgada, descarnada. No se puede hablar de paz si no has andado en la guerra...

Sacerdote: ¿Por qué entre los gringos no hay muertos? Explícame eso.

Juan: Esos nos tocan a nosotros.

Sacerdote: Ellos ponen los consumidores y nosotros los muertos.

Juan: Equilibradito. Consumidor es igual a lana, consumo igual a poder, proveedor igual a muerte... Así se hizo la distribución...

Sacerdote: ¿No crees que lo más conveniente para ti y para todos, es que trances con Mateo y Marillita? Evitarías muchas muertes.

Juan: ¿No has dicho tú mismo que Mateo está haciendo un desmadre y ahora me pides eso? ¡Ábrete, pues! ¿A eso vienes?

Sacerdote: ¿Eso crees?

Juan: ¿Crees que no me fijé que la Marillita ni se inmutó cuando supo que estabas aquí? ¿Tantos años sin saber de ti y le parece natural que vengas a verme? Al diablo con eso. (*Al guardia*) ¡Oye, tú!

Guardia: ¡Patrón!

Juan: ¡Revisa a este cabrón!

Guardia: Lo que usted diga, patrón.

Sacerdote: ¿Desconfías de mí, Juan? ¿Qué te pasa?

Guardia: No se mueva, por favor, padrecito.

Sacerdote: ¿Qué te pasa, Juan?

Juan: ¿A qué viniste?

Sacerdote: A visitarte.

Juan: ¿Sí? ¿Cuánto hace que no me procurabas? ¿Veinte años? ¿veinticinco?

¿Sabías de dónde provenía el dinero que te llegaba mensualmente?

Sacerdote: Claro que lo sabía.

Juan: Y aun así, nunca me procuraste.

Sacerdote: Siempre he estado al pendiente de ti, siempre te llevo en mis oraciones.

Juan: ¿Y eso pa' qué sirve?

Sacerdote: Blasfemo.

Guardia: Está limpio, patrón.

Juan: El cerebro, revísale. Es donde tiene la mierda. Te voy a tener que agarrar a chingadazos, como antes.

Sacerdote: No cambias.

Juan: Mucho he cambiado. Ya no soy pendejo, por ejemplo.

Sacerdote: Nunca lo has sido, aunque a veces te equivoques. Tú bien sabes que para vencer al enemigo no tienes que matarlo.

Juan: Lo sé: derrota la rabia que hay en él y no lo será más; la ira es la verdadera enemiga. Lo sé, pero no siempre aplica. Cuando el coraje es mucho, no hay más que seguir matando. Cuando el deseo de poder es mucho, hay que quitar de en medio todo lo que estorbe... ¿Por qué me dices eso? ¿Te crees mi enemigo? ¿Temes que te mate?

Sacerdote: Vine a platicar contigo por mi cuenta, a tratar de convencerte de que pares la ola de violencia que hay a tu alrededor.

Juan: Tú mismo dijiste que Mateo y la Marillita traían el desorden...

Sacerdote: Pero tú eres el jefe...

Juan: Estoy maniatado, lo sabes. Sabes que ellos mandan ahora; sabes que me quieren utilizar para sus fines, usarme y luego desecharme... Lo sabes, hace un rato lo dijiste...

Sacerdote (*Al guardia*): ¿Me puedes soltar?

Guardia: ¿Patrón?

Juan: Suéltalo.

Sacerdote: Gracias. ¿Me puedo ir?

Juan: Eres libre de hacer lo que te dé tu re chingadísima gana.

Sacerdote: Y te traigo la biblia.

Juan: La biblia, muy importante. Pero antes me dice a qué viniste. La verdad, ¿entendido? La verdad.

Sacerdote: ¿Qué pasó con la estatua? Encontró al mar. ¿Y luego?

Juan: Tú sabes.

Sacerdote: Mi madre nunca me contó el final.

Juan: ¿Por puto?

Sacerdote: ¡Yo qué sé!

Juan: ¿Por qué otra cosa? Encontraste un buen lugar para esconder tu putez, ¿no? Curita coge niños.

Sacerdote: ¡No me levantes falsos!

Juan: ¿Falsos? ¿Cuántas veces he tenido que pagar y a veces matar para que no te denuncien? ¿A qué viniste?

Sacerdote: Vine a prevenirte, pues, ya sabes, a decirte que te cuides de nuestra hermana y del Mateo. Nunca quedaron conformes con eso de que tú te convirtieras en el jefe.

Juan: No te creo. Se es hermano para siempre, cabrón; se sea como se sea, se crea lo que se crea, la sangre es la sangre. Y ellos son mi sangre, bueno, ella, y yo no puedo darle un plomazo, pero ella sí me lo puede dar a mí. Es la mayor, puede hacer contigo y conmigo lo que se le dé su re chingada gana... Y tú vienes a pedirme que me baje los calzones...

Sacerdote: Por el bien de todos, que negocies...

Juan: Por el bien de todos, menos el mío... Bien sabes que una vez que les despeje el camino me matarán...

Sacerdote: Han prometido que no, que te darán protección...

Juan: ¡Ah! ¡Lo prometieron! ¡Te lo prometieron! ¡Lo bueno es que vienes por tu cuenta! No voy a ser segundón, Miguel. Ya que pruebas ser el de arriba, puedes bajar un tiempo por estrategia, pero no puedes dejar de ser el de arriba.

Sacerdote: Esto que te pido será por un tiempo. Y sí, han prometido que te darán protección.

Juan: ¿Por cuánto tiempo?

Sacerdote: Por siempre, me lo han prometido.

Juan: Entonces, me quieren abajo por siempre. Aquí me quedo, Miguel y cuando salga saldré con toda la fuerza para recuperar lo que es mío.

Sacerdote: Entonces el muerto seré yo.

Juan: ¿De qué te preocupas? Tienes el paraíso asegurado.

Sacerdote: ¿Quién te dice que te van a dejar salir? ¿Quién te dice que uno de estos incondicionales no te va a traicionar?

Juan: Tú me traes la biblia y yo me encargo de lo demás.

Sacerdote: Vas a desatar una guerra.

Juan: La guerra hace mucho que la tenemos; no podemos vivir sin guerra. Desde el momento en que unos quieren mandar y los otros se niegan a obedecer hay guerra.

Sacerdote: La estatua. ¿Qué pasó con la estatua una vez que se encontró con el mar?

Juan: ¡Ah, qué mi hermanito, el curita, el putito! Quiere que le cuente la historia de la estatua de sal... Pues, bueno: una vez que se recuperó del impacto que le había provocado tanta belleza, la estatua preguntó: ¿Eres el mar?

Sacerdote (mar): Sí ¿Quién eres tú?

Juan (estatua): Un alma atormentada que cree haber encontrado el amor.

Sacerdote: ¿Dónde está el amor?

Juan: En ti. En mí. En ambos. ¿Acaso no lo sientes?

Sacerdote: Sí. Creo que lo siento. Siento alegría al verte, tan grande, tan hermoso, tan fuerte.

Juan: No quiero seguir errando por el mundo. Me quiero quedar contigo por siempre.

Sacerdote: ¿Eso quieres? Acércate hacia acá.

Juan: Y la estatua se acercó y el mar fue hacia él y le cortó una pierna. ¿Qué has hecho? Preguntó la estatua. Me has cortado una pierna. Ya no podré caminar.

Sacerdote: ¿No me decías que ya estabas cansado? ¿No me dijiste que me amas, que no puedes vivir sin mí?

Juan: Eso dije y eso siento.

Sacerdote: ¿Todavía me amas?

Juan: Sí.

Sacerdote: Acércate más.

Juan: Pero tengo un solo pie.

Sacerdote: Brinca.

Juan: Y la estatua lo hizo: pegó un brinco con su único pie. El mar volvió a hacer olas hacia él y le cortó la otra pierna. ¿Qué has hecho? Preguntó la estatua, cayendo sobre sus rodillas.

Sacerdote: ¿No me amas?

Juan: Sí, te amo.

Sacerdote: Acércate un poco más.

Juan: ¿Cómo? No tengo piernas.

Sacerdote: Apóyate en tus manos.

Juan: Y así lo hizo la enorme estatua de sal. Se apoyó en sus manos, el mar volvió a acercarse y le cortó el cuerpo hasta la cintura.

Sacerdote: ¿Qué sientes?

Juan: ¿Qué sientes tú?

Sacerdote: Yo siento que me lleno de ti, que mis aguas se alegran, que cambian de color...

Juan: Yo me siento dividido, estoy dividido entre esto que queda de mi y lo que está en ti...

Sacerdote: ¿Me amas?

Juan: Te amo.

Sacerdote: Apóyate en tus manos y acércate un poco más... Hasta aquí me contó mi madre...

Juan: Y así lo hizo la enorme estatua. Se acercó y el mar le cortó el cuerpo hasta el torso, luego hasta el cuello, hasta que toda la estatua se mezcló con el mar... Entonces, sólo entonces, el mar adquirió ese colorido que nos fascina; desde entonces el mar genera espuma, corre alegremente por el mundo entero, feliz de convivir eternamente con la enorme estatua de sal...

Sacerdote: Eso es el amor.

Juan: Supongo.

Sacerdote: Así amas a tus hijos...

Juan: Así. Y a mi esposa y a la Marillita y a ti y al resto de mis hermanos.

Sacerdote: Sabes entonces del amor... Pues por amor has lo que te pido...
Obedece a Marillita y a Mateo, subóinate a ellos o tú y yo y cientos moriremos...

Juan: Desde que nacemos empieza el coqueteo con la muerte...

Sacerdote: Moriremos cuando Dios así lo quiera... No antes.

Juan: Que yo sepa ni Mateo ni la Marillita son Dios.

Sacerdote: Por lo que más quieras, Juan. Por tu familia, por tus mujeres, por ser lo grande y poderoso que eres, por una vez hazme caso. No puedes confiar en nadie... En nadie...

Juan: Eso lo sé y te incluye. ¿Y?

Sacerdote: ¿Y a tu gente?

Juan: No hay nada que no pueda comprar el dinero. Conmigo lo tienen todo, pero todo puede no ser suficiente...

Sacerdote: La estatua encontró el amor...

Juan: Muriendo...

Sacerdote: Transformándose, creciendo, poniéndose en un eterno movimiento en lugar de su inmovilidad permanente...

Juan: La muerte también es una transformación... Te transformas en calaca, en tierra, en comida para perros... Una vez me atreví a hablar de esto; una vez lo nombré al amor como eso que se dice de la estatua y el mar y a partir de que lo

hice sentí que la carga de mis muertitos ya no era mía... ¿Qué quieres? Que me baje los calzones, no. Otra cosa. ¿Qué quieres?

Sacerdote: No hay nada que no compre el dinero...

Juan: Un olor nauseabundo es tan aceptable como cualquier olor.

Sacerdote: ¿Y eso?

Juan: Dime tú qué es la verdad.

Sacerdote: Lo justo, lo equilibrado...

Juan: Entonces no existe...

Sacerdote: Existe, como tu estatua de sal...

Juan: Yo puedo, desde aquí, hacer lo que quiera, hablar con quien quiera, recibir a quien sea. Desde aquí me entero de todo, no hay novedad.

Marillita: ¿Sigues allí, Miguel?

Juan: Aquí sigue.

Marillita: Qué bien. ¿Alguna novedad?

Juan: Tú me dices a qué hora.

Marillita: ¿Qué cosa?

Juan: No importa la persona, lo que importa son los intereses.

Sacerdote: ¿Y la familia? ¿Y el amor? ¿Y Dios?

Marillita: ¿A qué hora qué, Juan?

Juan: A qué hora empieza la fiesta.

Marillita: Nosotros siempre estamos de fiesta.

Juan: Y ahora soy el invitado...

Marillita: Siempre lo eres, Juan.

Juan: ¿Por dónde van a empezar? ¿Con quién negociaste?

Marillita: No sé qué estás pensando, pero no es así la cosa...

Sacerdote: Por favor, somos hermanos...

Juan: De madre...

Marillita: Me asustan... ¿Qué han estado hablando?

Juan: ¿De qué más? De la estatua de sal...

Marillita: Desde luego...

Juan: Yo no tengo problemas, ya viví...

Sacerdote: Ustedes arregles sus cosas. Yo me voy.

Juan: ¡Espérese allí! (*Al guardia*) ¡Oye, tú!

Guardia: Sí, patrón.

Juan: Vigílalo.

Guardia: ¿Qué dice usted, patrona?

Juan: ¿Patrona?

Marillita: Está bien, que no se vaya. No tengan miedo, hermanitos. Sólo estamos hablando...

Juan: Ni de tu propia sombra, Miguel...

Sacerdote: Acuerda. Hay que saber perder, Juan.

Juan: Ya perdí mucho tiempo como para perder ahora. Como dice el dicho: perdiendo gano porque libro al mundo de todos nosotros.

Marillita: Es sólo un tiempo, Juan, no te pongas trágico. La vida es una ruleta, ya sabes...

Juan: Lo que vayas a hacer hazlo ya. Que no te tiemble la mano, hermanita. Negocios son negocios.

Marillita: Te quiero tanto, mi niño. No te entiendo.

Juan (*al guardia*): ¿Qué te faltaba conmigo, tú?

Guardia: No es personal, patrón...

Juan: Anda, pues.

Marillita: ¡Juan! Recapacita, Juan. Vas a tener todo lo que quieras, como siempre... No te pongas trágico.

Juan: No hay arreglo, hermanita. Ya que lo tuviste todo no lo puedes soltar, ¿entiendes?

Marillita: Te quiero, Juan, eres mi hermanito chiquito...

Juan: Truéname ya, no quiero ser yo el que tenga que hacer contigo lo que vas a hacer conmigo...

Sacerdote: Juan... No, Juan...

Juan: Que no le falten margaritas a la tumba de mi madre, pinchis... y a mí me pones en el cajón la pinchi biblia a ver si allá puedo lograr que me amen, cabrones...

Sacerdote: Así será, hermanito... Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino así en la tierra como en el cielo...

Juan: Déjate de mamadas... Mira nada más... je, je... La pinchi estatua era mi verdadero amor, ¿quién lo diría? Que no te tiemble la mano, güey... Acércate más, que parezca un suicidio pa' que ustedes no tengan bronca alguna... Pareces novato, chingado...

Sacerdote: Ceo en Dios padre, todo poderoso, creador del cielo y de la tierra...

Disparo. Oscuro

Telón